

DEL PATERNALISMO A LA TRANSFORMACION SOCIAL

IV

Por ENRIQUE MIRET MAGDALENA

ACE diez años, el Padre Quiles, S. J., visitó Europa, y sacó la conclusión que, en el plano social, «las soluciones católicas se presentan generalmente con cierta discreción y moderación»; apreciación que la centraba en tres observaciones.

La primera observación que hacía era que «son muchos los obispos y eclesiásticos que pasan largos años en diócesis, o en una ciudad, donde existen flagrantes delitos públicos contra la justicia social sin denunciar pública e insistentemente estos pecados manifiestos» (I. Quiles, S. J., Mi visión de Europa).

La segunda que «la campaña por la justicia social... en la actual situación, exige que sea mucho más avanzada».

Y la tercera, que en nuestros países es «el clero, a veces demasiado oficialista, demasiado conservativo del orden antiguo, demasiado contemporizador... con los poderosos o con las mismas autoridades civiles». Por eso cuando un Padre Leppich en Alemania habla claro de las lacras e injusticias sociales, resulta incómodo; y un Obispo alemán tuvo la sinceridad, al menos, de confesar: «Me alegro que tengamos un Padre Leppich; pero también me alegro de que sólo tengamos un Padre Leppich».

Desgraciadamente, en nuestras naciones de tradición católica, esta unión de la religiosidad con la falta de sentido social es un hecho general, que las excepciones no hacen sino confirmar.

Lo cual tiene una explicación sociológica: los practicantes de estos países católicos suelen ser de las clases más acomodadas. De ahí que el catolicismo se vea tinto de aburguesamiento; y le falte un sentido radical de la necesaria renovación social.

En Francia, en la ciudad de Lyon, el «tout Lyon» —por ejemplo— es el verdaderamente practicante. El 90 por ciento de los bien situados, por su alcurnia o situación social, practica la religión; en cambio, entre los demás estamentos sociales, sólo el 32 por ciento cumple con la misa dominical de una manera regular.

En España —en la industrial ciudad de Mataró— Duocastella ha sacado análogas conclusiones. Asisten a misa los domingos, el 80,8 por ciento de los grandes industriales, y el 65,9 por ciento de los que tienen estudios superiores; pero los obreros oscilan entre el 5 por ciento y el 14 por ciento, según el grado menor o mayor de especialización.

No es extraño así, que la religión sea poco social. Pero la culpa no es del catolicismo; sino de los medios sociales bien situados que lo practican y que son bastante conservadores, a causa de su aventajada situación en la sociedad.

CUANDO el Papa combate la libre competencia, no sólo en el orden económico nacional, sino entre naciones, está yendo en contra de algo que la realidad misma del liberalismo económico está superando.

Los inventores del librecambio creyeron de buena fe que la libertad de mercado ordenaría justamente el intercambio comercial e industrial. Pero la libertad es ilusoria, muchas veces, en el mundo actual.

Dos realidades de su estructura —hablamos de nuestro mundo occidental, que es el que más nos afecta— nos llevan a la misma conclusión de Pablo VI: «Una economía de intercambio no puede seguir descansando sobre la sola ley de la libre competencia». Las razones son múltiples; pero una de ellas —y la más descorazonadora para quien cree de buena fe en ese sistema— es «que engendra, demasiado a menudo, una dictadura económica».

La concentración de capitales y el fenómeno monopolista, son los dos resultados —aparentemente contradictorios con la teoría— que apreciamos, sobre todo en aquellos países donde más se desarrolló el capitalismo, como en Norteamérica.

Tres escritores tan diversos como el filósofo italiano Guido de Ruggiero, el economista francés Jacques Germain y el socialista norteamericano Leo Huberman, coinciden al detectar estos tristes resultados del sistema que vivimos en la estructura supercapitalista de bastantes países occidentales.

«El socialismo —que se prevé como única salida para nuestro futuro occidental— no hereda un capitalismo competitivo, sino un capitalismo monopolista... La evolución misma del capitalismo lleva a la transformación de la competencia primitiva en un monopolio de grupos cada vez más complejos, pero más concentrados». Eso afirma Ruggiero.

J. Germain dice que «en Francia el 50 por ciento de la producción industrial total se halla en situación de monopolio, o de oligopolio. Y este porcentaje se eleva al 60 por ciento en Inglaterra y Alemania Occidental; y al 70 por ciento en los Estados Unidos» (Proceso al capitalismo).

Un sociólogo americano, el profesor de la Universidad de Columbia, C. W. Mills, sacó otras curiosas consecuencias: entre 1950 y 1953, de los 300 ciudadanos norteamericanos más acomodados, el 68 por ciento provenía de las clases adineradas. Y podría así preguntarse uno: ¿qué representan estas clases en el país? Y veríamos que nada más constituyen el 5 por ciento de la población. Todo el poder —financiero, industrial y político— prácticamente ha estado concentrado, en Norteamérica, entre una pequeña élite. Desde principios de siglo —según un preciso estudio estadístico—, se ha comprobado que el 60 por ciento de los miembros del gobierno federal U. S. A. ha salido de sólo la veinteaava parte del total de sus habitantes: ésa es la democracia real que allí existe.

Y Leo Huberman descubre que el propio Roosevelt confesó que, en América del Norte, tres de cada mil personas se reparten el 75 por 100 de la renta nacional; y las 997 personas restantes son tan pobres que tienen que repartirse, entre todas ellas, la tercera parte solamente de lo que se reparten los otros tres privilegiados.

Y entre negros y blancos la discriminación económica es tan clara que las familias blancas tienen una renta doble —por término medio— que las familias negras.

Por eso el Papa tiene que denunciar esta dictadura de pequeños grupos engendrada por el librecambio, que se produce en el mundo capitalista liberal.

ALGUNOS han querido corregir el sistema fomentando un capitalismo para todos. Pero olvidan que la realidad, en la aplicación de esta solución, es ineficaz por dos razones. La primera porque, de hecho, el porcentaje de propiedad popular es ínfimo; y la segunda, porque hoy el accionista no es el que manda, sino los directivos que han sido impuestos por los grupos financieros, como cualquier especialista en economía sabe perfectamente. Los Padres dominicos, que dirigen la obra social «Economie et Humanisme», han señalado bien claramente este fenómeno del neo-capitalismo, de influencia preferentemente americana o germana: «Quien conozca de verdad el desarrollo de la empresa moderna no puede hacerse la ilusión de que el mando en las empresas dependa de los que poseen las acciones» (La propriété en question, Economie et Humanisme, 1959).

Y, además —y ésta es la segunda razón—, son muy pocos —cuando se requiere estimular este capitalismo popular— quienes son de hecho empleados al mismo tiempo y accionistas en la mayoría de los casos, como se ve, por ejemplo, en Norteamérica. «En la Standard Oil —U. S. A.— se ha podido calcular que sus 20.000 empleados, que son accionistas, poseen en total menos del 1 por 100 del capital de la sociedad». De ese modo, en todo el país se ha llegado a averiguar que en 1952 el 2,30 por 100 de las personas que eran poseedoras de acciones detentaba más de la mitad de todo el capital industrial americano. Lo que hace que una ínfima parte de la población gobierne financieramente el país.

Y esto podríamos ampliarlo todavía más a otros países que son menos desarrollados.

No es extraño así que el Papa haga este severísimo juicio: «A esto —al desequilibrio económico— se añade el escándalo de las disparidades hirientes. No solamente en el goce de los bienes, sino todavía más en el ejercicio del poder. Mientras que, en algunas regiones, una oligarquía goza de una civilización refinada, el resto de la población, pobre y dispersa, SIGUE



Se conocen por La Marca que fuman

Una fiesta... una cita para un gran día... no importa el lugar o la distancia. En el ambiente elegante que rodea las grandes fiestas del mundo encontrará personas disfrutando del sabor de L & M. Cuando vea el inconfundible paquete rojo y blanco de L & M, pregúntese por qué los que saben fuman este cigarrillo. Seguramente porque es el cigarrillo con filtro que sabe mejor. Haga como ellos, pida L & M y le conocerán por la marca que fuma.



UN PRODUCTO DE LIGGETT & MYERS IMPORTADO DIRECTAMENTE DE U. S. A.

DEL PATERNALISMO A LA TRANSFORMACION SOCIAL

está privada de casi todas las posibilidades de iniciativa personal y de responsabilidad, y aún, muchas veces, incluso viviendo en condiciones de vida y de trabajo indignas de la persona humana.

E S necesario que este egoísmo organizado —o este orden humanamente injusto— sea corregido radicalmente, impidiendo que una libertad económica, que es irreal para la casi totalidad de los hombres, sea la que gobierne para beneficio de unos pocos.

«La sola iniciativa individual, y el simple juego de la competencia —dice Pablo VI— no serían suficientes para asegurar el éxito del desarrollo. No hay que arriesgarse a aumentar todavía más la riqueza de los ricos y la potencia de los fuertes, confirmando así la miseria de los pobres y añadiéndole la servidumbre de los oprimidos». Se impone la *planificación*; porque «toca a los poderes públicos escoger y ver el modo de imponer los objetivos que hay que proponerse; las metas que hay que fijar y los medios para llegar a ellas».

Pero no la realizarán, la planificación, los poderes públicos con un dirigismo dictatorial y estéril, sino «estimulando, al mismo tiempo, todas las fuerzas, agrupadas en esta acción común». Hay que conseguir esta planificación, pero realizada democráticamente, por medio de la promoción real de todos para colaborar en una meta común.

Para llegar a esto —corrigiendo las injusticias de base del sistema actual que impera en nuestro mundo— no se arredra el Papa ante la posibilidad de la *expropiación*. Y lo dice sin más cortapisa para ella que el bien común, y no habla para nada de los inconvenientes para el bien privado. Porque es aquél —el bien común— quien debe regular a este último, y no al revés. «El bien común —señala Pablo VI— exige algunas veces la expropiación».

¿Qué casos le parecen al Papa que deben producir esta medida social tan drástica? Tres justifican —según él— esta decisión de expropiar «algunas posesiones (que) sirven de obstáculo a la prosperidad colectiva»: 1) «su extensión»; 2) «su explotación deficiente, o nula»; 3) «la miseria que de ello resulta a la población», y el «daño considerable producido a los intereses del país».

De ahí que tengamos que hacer un sincero examen de conciencia; porque «a cada uno toca examinar su conciencia, que tiene una nueva voz para nuestra época».

En un primer nivel hace el Papa una serie de preguntas, yo diría, individuales. Y, al segundo nivel, el más importante, nos debemos cuestionar sobre la transformación de las estructuras sociales que hoy se imponen.

Hagamos ahora estas preguntas individuales, que parecen, en el contexto general de la encíclica, un poco ingenuas, y dejemos las otras, referentes a una radical transformación de las estructuras sociales, para una reflexión más honda y preocupante, que todos debemos hacernos, si somos sinceros, a solas, pero en serio, totalmente en serio.

- «¿Estás dispuesto a sostener con tu dinero las obras y las empresas organizadas en favor de los más pobres?», dice el Papa.
- «¿A pagar más impuestos para que los poderes públicos intensifiquen su esfuerzo para el desarrollo?».
- «¿A comprar más caros los productos importados, a fin de remunerar más justamente al productor (nacional)?».
- «¿A expatriarse a sí mismo, si es joven, ante la necesidad de ayudar este crecimiento de las naciones jóvenes?».
- Y, por fin, debemos preguntarnos, «¿por qué de nuevo retroceder a los principios inhumanos del individualismo (en los países subdesarrollados) cuando trabajemos en estos países de menos desarrollo?».

Que estas preguntas, sin embargo, no oculten lo único fundamental: la «transformación radical» de estructuras, pedida también por el Papa. Porque sin ella, todo esto son falsos estupefacientes que tomamos para ocultarnos el mal profundo que existe.

E. M. M.



nuevo maquillaje
... fluido, diafano
intacto todo el día!
skincolor

LANCASTER



Arrête la marche du temps